

A LAS ORGULLOSAS DE SU VIRTUD.

¡Cuán cara pagan ciertos maridos la virtud que mas ostentan sus mugeres! Todo sacrificio repugna á la flojedad de nuestra frágil naturaleza: vencidas en un punto, las debilidades del corazon se fortifican en todos los demás. Porque guardais fidelidad os creéis con derecho á tener todo género de defectos y caprichos, y abrigais las mas intolerables manías bajo el escudo de vuestra castidad: no parece sino que os empeñais en que vuestro marido sufra, de una manera ó de otra, los inconvenientes de la vida conyugal. Estais toda erizada de espinas para él, que solo debe esperar de vuestro insoportable genio, desdenes ó palabras mordaces: pareceis interesada en que goce á cada instante la gloria trabajosa de ser el afortunado esposo de una *muger de mérito*. El pobre hombre indaga sencillamente en el fondo de su corazon la causa de estas continuas borrascas; mide sus palabras, calcula todos sus ademanes, interroga vuestras miradas, estudia vuestros gustos y consulta á vuestras amigas, á fin de saber cómo valerse para recibir una no tan terrible acogida.

Encuétrasele continuamente inquieto, dirigiendo miradas hácia un horizonte, que se le presenta siempre, ¡ay! cubierto de nubes amenazadoras. Algunas veces su candidez y buena fé le llevan hasta figurarse que una muger virtuosa no puede menos de ser inaccesible, y que la suya debe tener necesariamente esta ruda corteza, como los castaños que ocultan su fruto bajo una cáscara espinosa: supone que así es el exterior de la virtud; cree que tiene la dicha de poseer semejante tesoro, y que despues de todo, la gloria siempre cuenta mucho.

Si por desgracia no es tan cándido vuestro marido, ¿sabeis lo que dirá? Pues dirá—cuantas veces encuentre ocasion—que una virtud que solo sirve para dar mas acritud al carácter y hacerlo intolerable, no es precisamente la que nos recomienda el Evangelio. Os

comparará con el divino ideal trazado por el Salvador, y esta comparacion no le conducirá á mirar con aprecio y estimacion vuestras cualidades. Su imaginacion podrá ir mas lejos aun en esta via; contemplará á otras mugeres, y cuando las vea pacientes, benévolas y graciosas en su familia y en su trato social, es imposible que no considere vuestra piedad como una ilusion deplorable, puesto que no sois capaces ni aun de los sacrificios mas vulgares, sin los cuales la vida de familia no es mas que un infierno anticipado. Veamos ahora qué impresion producís en las personas con quienes estais en relaciones menos intimas.

Ordinariamente, una muger orgullosa de su virtud, se considera autorizada para trabajar en la reforma del género humano.... por medio de la maledicencia. Como se impone en su corazon sacrificios que para ella son prodigios de heroismo, se atribuye, en razon de sus méritos eminentes, el derecho de tomarse las mayores libertades: de aquí los excesos de rigor, intolerancia, juicios temerarios, malevolencia, en una palabra, la excitacion de todas las malas pasiones que fácilmente hallan medio de conciliarse con las prácticas de una vida cristiana. No es nuevo el tipo de este carácter, que está burilado en el Evangelio con rasgos indelebiles: recordad aquellos fariseos que tantas veces maldijo el Salvador, especie de hombres, que parece inmortal hasta en el seno de la religion que los condena. Y es porque el fariseismo representa una tendencia de la naturaleza humana, que lucha contra el espíritu de admirable bondad que Jesucristo ha enseñado mil y mil veces, tanto con su ejemplo como con su palabra. Nada tan contrario á la indulgencia evangélica, inspirada por una dulce y profunda humildad, como el intratable orgullo, que solo tiene para las pobres almas extraviadas una fanática antipatia. No eran tales los sentimientos del gran San Agustin cuando reflexionaba sobre las agitaciones de su corazon y los misterios de su inteligencia, pues aquel ingenio verdaderamente cristiano confesaba, con patética sinceridad, que descubria

en el fondo de su sér el gérmen de todos los caprichos y de todas las pasiones, y que sin un auxilio especial y continuo del Padre celestial, jamás hubiera podido superar las resistencias de una naturaleza empeñada en romper todas las barreras que el deber le impone. Daba gracias á Dios, con efusion elocuente, por haberle tratado con mas indulgencia que á tantos otros que se extravián en los senderos del mal, porque no han tenido los mismos auxilios y las mismas luces.

Y vosotras, si fuérais sinceramente cristianas, ¿tendríais otro lenguaje? ¿Se desprenderian de vuestros lábios tantas expresiones desdenosas, tantas palabras amargas? ¿Os verian á cada instante censurar al género humano, juzgar las conciencias, y citar todas las vidas ante el mas desapiadado de los tribunales?

¿Cuál es, pues, el objeto del orgullo con que decís á toda hora, como el fariseo del Evangelio: «¡Gracias os doy, oh Dios, porque no soy como los demás hombres, adúlteros y ladrones!»

Decidme: desde los primeros años de vuestra vida, antes de que vuestra inteligencia se desarrollase, antes de que vuestra alma hubiese oído los primeros acentos de la virtud, ¿habéis recibido los mas detestables consejos y contemplado ejemplos tentadores, bajo las mas dominantes influencias? El vicio, bajo formas insinuantes, ¿se ha sentado cerca de vuestra cuna para llenaros el oído de sofismas ingeniosos que encuentran ¡ay! tan fácil entrada en el corazón? ¿Ignorais que una muger de quince años es una pasta blanda que se labra á medida del deseo?

La miseria—esta mala consejera—no estuvo cerca de vosotras en los dias peligrosos de la adolescencia; no os ha hablado de los placeres de las fiestas, de las alegrías tumultuosas del baile, de los atavíos seductores, de los murmullos de admiración arrancados á la multitud arrebatada por el espectáculo de vuestra belleza; ni os ha dicho los dolores de una vida toda de trabajos y de abnegación, de una vida sin placeres ni alegría, de una vida

llena de angustias y privada de esperanza. Vosotras no habeis luchado contra la vanidad, la sensualidad, el desaliento, seductores hábiles y perseverantes cuyo poder infernal quizá desconoceis.

Por otra parte: ¡cuántas transacciones reprotables no hacen diariamente con sus convicciones muchas de las mugeres mas distinguidas! ¿A qué extremos no conduce el deseo de llevar un gran nombre y de eclipsar á sus rivales con la brillantez del lujo, el buen gusto de los adornos y el esplendor de la vida! Muchas jóvenes, á quienes su educación hubiera debido desarrollar los mas elevados sentimientos, aceptan por consideraciones interesadas los mas innobles matrimonios, calculando con la exactitud de un banquero todas las utilidades de un tráfico de que deberian sonrojarse. ¿Tienen ellas, despues de esto, derecho á mirar de tan alto á las miserables criaturas que, educadas desde la infancia en el vicio, apuradas por la miseria ó rodeadas de todas las seducciones, olvidan en los dias de la juventud su dignidad de mugeres?

¡Ah! ¡dad gracias á la divina Providencia que se ha dignado, por su gracia, libraros de pruebas á que difícilmente hubiérais resistido! ¿Que los beneficios de Dios no os hagan tan vana y severa para aquellas que no los han recibido! No olvideis nunca que es necesario estar sin pecado,—*aun de pensamiento*,—para tirar la primera piedra á las mugeres cuya conducta subleva mas vuestras ideas y sentimientos. Tened siempre presente esta bella expresión de San Agustín: «DETESTAR EL ERROR, PERO AMAR Á LOS QUE SE EXTRAVIAN.»

Sí, amadlos, no ya dándoles un lugar en vuestra intimidad y en vuestras relaciones; no ya concediéndoles las prerrogativas y la estimación que solo pertenecen á la virtud, sino mostrándoles siempre con la benevolencia de vuestras palabras y la caridad de vuestras acciones, que reconocéis por Maestro al Salvador, que arrancó á la muger adúltera de las manos de sus verdugos; que vivió en medio de los pecadores; que tomó sus mas ilustres após-

toles, Pablo, Gerónimo, Agustín, Ignacio, Javier, etc., del seno de la masa de perdición; y que, en fin, en los dolores de la agonía, nos dejó por testamento esta sublime oración que todas las bocas cristianas deben no cesar de repetir: «PERDÓNALOS, PADRE MIO, PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN.»

J. T. L.

COLEGIOS.

(Conclusion.)

Expuestas en resumen las ventajas mas culminantes de los colegios, para continuar la educacion de la infancia por medio de la instruccion, vamos á enumerar hoy sus inconvenientes, tal cual son reconocidos y confesados por sus mas decididos defensores.

Jamás para ellos ha sido tan digna de sacrificios la causa de estas instituciones, que ante sus limitados intereses pospongan y subyuguen la causa y los intereses de la familia, que son en último término la causa y los intereses de los pueblos y hasta de la humanidad entera. El colegio, lejos del calor y vivificante influjo de la familia, viene á quedar reducido á un sistema de educacion incompleto, hasta bárbaro y brutal, al cual es siempre preferible el de la familia aislada, mas reducido y menos expansivo que cualquiera otro que se adopte. ¡Cuántas veces se han deslizado por nuestra megilla lágrimas de amargura, al ver á niños y niñas en edad temprana lejos de sus tiernas y cariñosas madres, abandonados á la fria disciplina de un colegio por años enteros, sin mas consuelo que alguna rara visita de amigos indiferentes, que de tiempo en tiempo llegaban á renovar el triste recuerdo de sus padres! La ciencia y todo género de instruccion es un bello tesoro que merece, sin duda, cualquier sacrificio; pero aunque fuera mas grande aun, ¿deberá buscarse á tal precio? Privar al niño por completo de la benéfica influencia de la familia; no permitirle disfrutar de sus cui-

dados, compartir sus fatigas; no dejarle gustar sus dulzuras, sentir y llorar sus dolores, es arrancar de su corazon en germen los mas naturales y fecundos sentimientos, es romper los vínculos sagrados que unen su presente y su dicha futura por esa fuerza misteriosa y secreta que forma la verdadera felicidad del sér humano. La condicion moral y social del individuo se pervierten y desnaturalizan, pues, si desde la infancia se vé entregado á la regla inflexible del colegio, que reduce la voluntad y la accion á un número muy corto de objetos y un círculo limitado de personas, frias y escasas afecciones. Por otra parte: el colegio sin la familia es, no solo un sistema de educacion duro y bárbaro, sino hasta impotente; por lo que si hemos de aprovechar sus ventajas y beneficios para el cultivo de la inteligencia y la correccion de ciertos defectos de carácter é inclinaciones, la familia debe ser su punto de apoyo, á fin de que ella sancione sus actos y sus obras con vista de sus resultados. En efecto: el colegio aislado, en ocasiones extremas y con caracteres resueltos que no conviene pervertir y sí modificar ó dulcificar, no cuenta con otros recursos y medios que el temor; y este, como el uso de la fuerza material, tiene sus límites que no debe traspasar, porque nada favorable puede esperarse de su eficacia al fin de la educacion. Decimos que el temor tiene sus límites que no debe traspasar, porque el efecto que causa está reducido á cierto grado y cierto tiempo que mas allá se hace bien pronto habitual, no logrando avergonzar los niños ó niñas en presencia de sus profesores y compañeros. No sucede así en la familia: por depravado que sea un niño, jamás deja de sonrojarse por sus faltas ante sus padres y parientes. Ahora bien: del mismo modo que en el colegio no hay castigo eficaz para el niño, en el buen sentido de la palabra, una vez que se han estrellado los medios ordinarios de correccion ante un carácter tenaz, tampoco cuenta con recursos para recompensar debidamente las buenas acciones que merecen una distincion especial. La mas seductora recompensa que el colegio puede

ofrecer á un niño por su excelente comportamiento es la salida; y no pudiendo presentarle en perspectiva esta esperanza sin relajar el principio esencial de la institucion, nada seguro y apreciable le podeis ofrecer, así como hasta la misma salida carece de atractivos para los indiferentes; porque la salida es buena, saludable y de verdadero recreo para el cuerpo y para el alma, solo cuando se verifica del colegio al seno de la familia, lo cual no es posible á los mas que la tienen distante. La experiencia nos dice á cada paso que los dias mas hermosos para la infancia, los de un goce mas puro é inmenso que ninguno de cuantos la esperan en la juventud y en la edad madura, son los que el niño tiene de salida á casa de sus padres; porque en ellos el alma se dilata, los buenos sentimientos, largo tiempo comprimidos, se desplagan; es un dia de dulzura, dicha, contento, sinceridad y reconocimiento, tanto, que llegada la hora de restituirse al colegio, su corazon se comprime, vierten lágrimas sus ojos, y tanto se aflige á veces, que mueve la ternura maternal hasta el punto de resolverse á retenerlo en su compañía, y lo retiene, en efecto, por mas tiempo del que permite la disciplina.

A nadie se ocultan estos constantes efectos de un sistema de educacion colegiada; y sin que descendamos á recargar el cuadro de sus males con detalles impertinentes, hechos aislados, ó desastres exagerados que lo mismo pudieran ocurrir en el seno de una familia cuidada, aunque no con igual frecuencia, creemos haber dicho bastante al corazon de las madres y al recto criterio de los padres que buscan con anhelo la buena educacion para sus hijos, porque tienen el convencimiento de su alta estima, para que rectifiquen sus juicios; y sin dejarse llevar de apariencias ó funestas preocupaciones, mediten con detenimiento sobre el sistema que conviene en la educacion que se proponen dar á sus hijos. Un principio luminoso, que puede servirles de guia en la resolucion de este dificil problema, se desprende de las indicaciones que nos hemos permitido ha-

cer, tomadas de las apreciaciones hechas sobre el sistema de educacion colegiada por sus mas ardientes, á la par que razonadores partidarios. Este principio, que resalta desde luego por su verdad y por lo conforme que es á la condicion y destino del hombre, lo enunciaremos solamente hoy, á fin de fijar en él la consideracion de las personas interesadas por diversos conceptos en acercarse al mejor sistema de educacion, y para exponer mas adelante nuestra opinion en teoria y en relacion práctica con la organizacion y disciplina de los colegios que se conocen en nuestro pais, especialmente los destinados á la muger. Consiste, pues, en que *el mejor sistema de educacion para la infancia es el que, teniendo por base constante la influencia moral de la familia, se auxilia y completa con la accion del colegio sobre el corazon y la inteligencia*. No consideramos este principio como una concepcion utópica, y por consiguiente irrealizable; es para nosotros de muy fácil realizacion por el concurso desinteresado de los padres y los educadores: procúrese que los unos no abduquen de sus derechos para desembarazarse de la pesada carga de sus deberes, y que los otros no se impongan obligaciones imposibles de cumplir en compensacion de su exagerada ambicion, y será fácil hallar el medio en que se resuelve el problema, armonizando entre sí los elementos que la educacion necesita para realizar sus fines. De todos modos nos permitiremos aconsejar á las madres gran prudencia, y á los padres detenido estudio, para entregar sus hijos, y muy particularmente las niñas, sin reflexionar ni consultar su carácter, á la educacion de nuestros colegios.

L. R. Y P.

FIGURAS DEL LENGUAJE.

(Conclusion.)

«¡Ay! ¡tú has sido mi cariño, mi locura, y me pagas con tal ingratitud!» Esta figura, que bajo formas tan variadas y frecuentes es familiar á todos

los niños, se conoce con el nombre de *exclamacion*, que consiste en la expresion enérgica, propia y concisa de un sentimiento ó afecto de alegría, de dolor, sorpresa, etc., en una ocasion inesperada, pero por medio de una oracion completa, y no por la sola interjeccion que la precede y que forma lo que los gramáticos llaman oracion elíptica. Deberá cuidarse en el uso de esta figura por los niños y niñas, que las palabras sean las indispensables para expresar el pensamiento, de modo que la oracion no se haga difusa, poco inteligible, y perdiendo de su concision y energía, no produzca el efecto que se desea en los oyentes.

«¡Que no me hubiese muerto antes que verte padecer tanto!» *Optacion*. Esta figura consiste en la expresion de un deseo preferente de hacer, sufrir ó poseer alguna cosa antes que otra, como se vé en el que el ejemplo propuesto se encierra, de una madre que en un arrebato de ternura manifiesta preferir el haber pasado por el sufrimiento de la muerte, antes que llegar á contemplar los padecimientos porque vé pasar á su hija.

«Yo no te recordaré ni el trabajo que me ocasionas ni las penas que me haces sufrir.» Se ha llamado *pretericion* á esta forma del pensamiento, porque con ella significamos que pasamos en silencio, ó no queremos decir aquello mismo que manifestamos, aunque de un modo general y sin circunstancias.

«Yo te pido, yo te suplico, madre mia, que me perdones.» Se dá el nombre de *observacion* á esta figura, en que se reitera una súplica en la misma oracion; y aconsejamos á las madres y profesoras que cuiden mucho de hacerla familiar, evitando el abuso, porque además de ser de excelente aplicacion en un lenguaje florido y correcto, contribuye mucho á enriquecer la inteligencia de los niños con la significacion propia de las palabras que se han de emplear en ella.

«¡Oh! ¡que yo me muera si...! ¡Tiembla de apurarme tanto!» Dos figuras se cometen en el ejemplo precedente y otros análogos, y conviene que los niños empiecen pronto á conocerlas: es la primera la reticencia, que consiste en el silencio de una parte del pensamiento, pero cuyo sentido puede muy bien comprenderse en todos los casos en que se conoce el objeto que lo motiva; y es la segunda la *imprecacion*, que envuelve una amenaza como consecuencia de la anterior.

«Cómo llora, ¡áh, qué buena es! ¡tiene una sen-

sibilidad!...» Esta figura, muy conocida y empleada por todos para dar á entender lo contrario que se manifiesta, por el sentido en que lo expresamos y no por las palabras con que lo hacemos, se llama *ironia*. Es precisa mucha prudencia para dirigir el uso de esta figura, que además de la oportunidad debe reclamarla el objeto ó asunto en que se emplea.

«Pero decidme si no es mejor hacer las cosas por la dulzura y persuadir con la razon.» En esta forma del pensamiento, que sin ser interrogativa, exige una contestacion, se comete la figura llamada *comunicacion*, por la trasmision de ideas ó pensamientos de uno á otro interlocutor.

«Has de saber que te amo, que en mi corazon deseo tu tranquilidad, tu contento y tu dicha.» Esta figura, llamada *gradacion*, no consiste en otra cosa que en añadir por grados algo á la significacion de las ideas que constituyen la parte principal del pensamiento.

«Pero nó: ya sabes que te amo, que deseo tu felicidad.» Se llama *correccion* esta figura, porque por ella, ampliando un pensamiento anterior, se enmienda ó corrige.

«El mundo no es injusto, dá la razon á quien la tiene.» Esta es la figura que se conoce con el nombre de *sentencia*, en la cual se encierra un pensamiento conciso y verídico.

«Tu pobre madre me aseguró tanto que tú la imitarías, ¿qué dirá cuando sepa tu comportamiento? Espero que me diga, y creo que afeará los disgustos que me causas. ¡Ah! ¡me parece que soy digna de mejor suerte!» Esta figura es la conocida con el nombre de *prosopopeya*.

Hemos dado á conocer las principales figuras del lenguaje, por medio de ejemplos, con el fin de ofrecer á las madres y profesoras modelos á que referir los giros ordinarios del habla, y acomodar la de los niños y niñas á tipos regulares: en manera alguna hemos pretendido exponer su doctrina, ni mucho menos enseñarla. Esto vendrá á su tiempo en el órden conveniente de los artículos gramaticales que lleven esta tendencia. Basta á nuestro juicio lo hecho, para familiarizar las ideas mas precisas de esta parte importante del lenguaje.

L. R. Y P.

LA PEREZOSA.

Entre los defectos que se advierten en los niños, el mas terrible es la pereza, por la perniciosa influencia que ejerce sobre su espíritu.

Esta reflexion me hacia yo una mañana al contemplar el cuadro que ofrecia la casa de Luisa. Eran las ocho de una mañana de mayo, y las aves cantaban desde la aurora en su alrededor. Las flores habian desplegado ya sus hojas y hermosas corolas, y Luisa, tapada hasta los ojos con la ropa de su cama, dormia, ó parecia dormir, muy tranquila, porque es de advertir que esta niña era capaz de estarse despierta y muy tapada horas enteras antes de abandonar el lecho. Estar así tendida, sin madre que la llame, labor que la espere y profesor cuya leccion la amenace, es para Luisa una dicha suprema, porque el no hacer nada es para ella la cosa mas hermosa del mundo. ¿Qué le importan las aves, las flores, los libros, el piano y la instruccion con sus austéros placeres? Verdad es que duerme bien, que no hace nada y es dichosa. Eran ya las nueve menos cuarto, y su madre, medio descontenta y medio inquieta, entró en su habitación y la dijo:—Vamos, Luisa, vamos, hija mia, que es muy tarde, levántate.

Después de haber repetido su madre estas frases dos ó tres veces, tuvo por conveniente la niña abrir un ojo, luego otro, y sacar lentamente un brazo, que dejó caer después exhalando un fuerte suspiro, al propio tiempo que decia su madre:

—Pero ya dan las nueve; ¿es posible que duermas aun? Yo creo que estés enferma.

—Mamá, Ramona no me ha llamado.

Culpada Ramona de esta manera, aseguró haber llamado á la señorita cinco ó seis veces lo menos, sin que esta hubiera contestado una sola, y sintiendo haberla tenido que dejar por embustera. Entonces Luisa, que vió empezar su jornada del día por una disputa, se levantó con enojo y ya se sintió fatigada para todo el día antes de hacer nada. Gracias á su entendida ayuda de cámara, se vistió con rapidez, porque ella era poca cosa aun para sí misma, pues tenia trece años, y apenas hacia uno que se lavaba y calzaba sola. Una vez arreglada, se arrodilló delante de su cama para orar, pero teniendo cuidado de apoyar los codos sobre los mullidos colchones, y colocar un almohadon debajo de sus rodillas: allí balbuceó con voz perezosa y los ojos medio cerrados una oracion que sabe desde muy niña y nunca ha procurado entender; y haciendo después un gran esfuerzo de ánimo, fué á desayunarse. No bastó media hora para tomar una jicara de chocolate, porque estaba muy caliente y padece de la dentadura. Dan las diez, baja al salen á estudiar en el piano, pero este no suena: se acuerda de

que su maestro debe venir á esta hora, y olvidando su lentitud habitual, corre ligera al gabinete de su madre y la dice:

—Mamá, viene el maestro de música.

—Bien, hija, ¿no es la hora de costumbre?

—Sí, mamá, pero no he estudiado ayer: tenia un dolor de cabeza... Ya lo sabes.

—Tú estudiarás para mañana, Luisita.

—Pero me reñirá. ¡Es tan severo!.. Y luego, como no cree jamás en mis males, se vá á enfadar porque no sé la leccion aun, después de ocho días que me la ha señalado.

Al decir esto hizo que su madre la tocara la frente, que tenia algo acalorada por haber estado dormida; y esta, crédula y débil para con su hija única, á quien no contrariaba en nada, despedía al maestro de música, cuando este llegaba jadeando y sin aliento por no faltar á su discípula. ¡Ya podeis imaginaros lo que es una joven satisfecha de una victoria de mala ley! ¡Vá indemnizada en su conciencia de los esfuerzos que ha hecho, á medida que adelanta en su jornada del día! Pero vosotros, amables lectoras, no conoceis aun por completo á las perezosas. Seguidlas á su cuarto de estudio, y observareis. Después de haber dado vuelta alrededor tres ó cuatro veces con una lentitud estudiada, interrumpida con incesantes suspiros, porque las perezosas suspiran mucho, se detienen á mirar por la ventana ó balcon, tocan todas las flores que haya sobre la chimenea afectando arreglarlas, se contemplan una y cien veces al espejo, se sientan y sacan de una cesta de labor los bordados empezados, les dan mil vueltas, empiezan por fin á trabajar, y al momento los dejan sobre el velador, rendidas de cansancio. Toman después los libros, ojean una á una sus lecciones, y elegida la que les parece menos trabajosa, pasan por ella la vista, con ojos lánguidos, taciturnos ó completamente adormecidos.

Este es el aspecto de la perezosa, nada bello en verdad, que voy á describir por completo, tomando por tipo á Luisa.

Luisa lee su leccion dos y tres veces, pero sin comprenderla; porque tiene horror á todo lo que reclame de su espíritu algun esfuerzo, y la pereza no le ha permitido intentar jamás comprender lo que lee, ni pedir sobre ello la mas ligera explicacion. Incomodada porque no aprende la leccion al momento, cambia de libro, hace el mismo estudio y obtiene el mismo resultado. Entonces se pone á escribir; pero ¿qué? El cálculo es muy difícil, y su profesora lo hará pronto y bien. ¿Es su objeto el estilo en el lenguaje? No tiene ninguna idea de él, y habla y escribe como le ocurre. ¿Vá á intentar el análisis? No lo comprende, porque no ha oido las explicaciones que le han hecho, por haber ocupado su atencion en tentativas, mientras la profesora se esforzaba en explicarse

con claridad y sencillez. De este modo ha pasado el tiempo, y no queda mas que media hora, en la que vá á escribir una plana: he aquí su triunfo. La imaginacion no necesita trabajar mucho para conseguirlo: la mano marcha sola y abandonada; se cuida poco de principios, y cuando ha concluido, respira con satisfaccion y se frota las manos de alegría: despues se tiende sobre el sofá y se entretiene en ver volar las moscas. Un golpe en la puerta la interrumpe el dulce descanso á que se habia entregado cuando ya empezaba á adormecerse. Es una carta que la dirige una de sus amigas invitándola á una fiesta de campo, con cuyo motivo se paseará y bailará al aire libre. A la lectura de esta carta, Luisa se levantó en seguida, porque no es de esas jóvenes cuya pereza é indolencia no las dejan mover por nada. Ella ama el placer, y por eso en su edad lo busca con ardor. Abandona el gabinete de estudio, corre á su cuarto, se hace peinar de nuevo, pide sus mas bellos adornos y mas hermoso traje, no dudando que su cariñosa madre la dejaría ir. Pero Luisa está equivocada: su madre piensa con razon que si su hija ha estado indispueta para dar una leccion de una hora, estará mucho mas para sopor- tar una partida de campo que es tan fatigosa, y rehusa firmemente dar su consentimiento á la perezosa, presu- en sus propias redes; á lo cual ella llora desolada, y con- cluye por dormirse. Al acabar el dia está triste y des- contenta: el tiempo se ha perdido para ella; la madre está inquieta por la salud de su hija; el profesor ha sido contrariado, y Dios sabe lo que diría á Luisa el grito de su conciencia. Así llegará el dia en que para dedicarse á las faenas domésticas se dé por concluida su educacion, y Luisa, con el espíritu entorpecido y las manos poco diestras verá que ha perdido muchos años; que es una mujer inútil, incapaz, y culpable de su incapacidad misma.

Vosotras me leereis, jóvenes; y si sois sinceras, las que tengais algo de perezosas ó hayais observado alguna de vuestras amigas que lo sea, reconocereis cuán grave es esta falta, qué poco laudable es el comportamiento á que conduce, cuán ridiculas é ignorantes aparecen las que por desgracia la tienen, y cuántos desprecios y sin- sabores sufren en la vida. Huid de incurrir vosotras en ella, puesto que Dios provee á vuestras familias de los medios necesarios para que recibais una educacion sólida y brillante.

La fortuna de la madre de Luisa la permite dedicarla al cultivo de las artes que tanto embellecen la vida; pero esta las ha mirado con indiferencia, lo mismo que á las ciencias. El estudio de las lenguas la fatiga, el dibujo la gasta la vista, el baile la cansa las piernas, la gimnasia la produce ampollas en las manos, el piano la engorda las yemas de los dedos; y encerrada en los límites de una instruccion incompleta, la recibe para quedar mas

ignorante aun que con una elemental bien dirigida.

Vamos, Luisa, un buen ánimo: sacudid esa pereza que os entorpece, paralizándoos el espíritu; imponeos un trabajo, primero por deber, y mas tarde por placer, que esta será vuestra recompensa. Observad en derredor vuestro; ¿no veis á todos los seres animados cómo se en- tregan á una ocupacion continua? Al hombre, al animal doméstico, al ave, al insecto mismo, ¿no les ha dado Dios el trabajo como la mejor defensa contra la tentacion del mal que nos asedia á grandes y pequeños, hasta que se apodera por fin de nuestro espíritu y nuestras fuerzas, si no la resistimos con la virtud del trabajo? Deseo que es- tos consejos, que son los de un amigo, os persuadan sin heriros. Pedid al estudio que os esclarezca, para que las artes os hagan sentir y engrandezcan vuestro espíritu; á la aguja que pliegue las modestas y útiles labores de vuestro sexo; y que cuando leais un buen libro ó com- prendais un hermoso cuadro, goce vuestra alma la satis- faccion del justo y sábio; porque entonces, si se acerca el pobre á pedir un socorro del trabajo de vuestras ma- nos, direis al darle una limosna: *¡Esto es mas dulce aun que no hacer nada!*

R.

JULIA.

(Continuacion.)

III.

Y por cierto que debia ser de lo mas rico de Caracas, á juzgar por los aromáticos effluvios que emanaban de la humeante y nada pequeña jicara.

—Buenos dias, señorita,—murmuró la robusta varso- viana (1) colocando la bandeja sobre la mesa de noche, y dirigiéndose á entreabrir las maderas del balcon.— ¿Qué tal, qué tal se ha dormido?

—Bastante mal, Luisa: apenas he pegado los ojos desde que me acosté, y en los pocos instantes que he podido reconciliar el sueño, una terrible pesadilla me asaltaba continuamente. Apuesto á que me encuentras hoy muy fea y muy ojerosa.

—Todo lo contrario, señorita de mi alma; hoy me parece usted mejor moza que nunca. ¡Pues si tiene usted unos colores que me están dando envidia!

—¿De veras? pues es milagro; porque si supieras cuán- to he sufrido desde anoche acá.

—Bueno, ya me lo contará usted, si, como otras ve- ces, merezco ser la depositaria de sus penas; pero ahora, déjese de cavilaciones, y tome su chocolate antes que se

(1) En Santander llaman varsovianos á los naturales del valle de Trasmiera.

enfrie, porque para sentir, como el otro que dijo, es necesario comer.

La filosófica observacion de su doncella, debió parecer á la interesante Julia algo mas que razonable, puesto que, no bien la hubo escuchado, se incorporó en el mullido lecho, preparándose á tomar el desayuno.

—Dime, Luisa, —preguntó mientras mojaba la primera sopa, —¿has querido tú alguna vez?

—¡Vaya si he querido! muchísimas veces, sí, señora. Cuando yo estaba en mi lugar, allá en Trasmiera, estuve para casarme con el hijo del maestro, con el de la tía Ramona y con el sobrino del señor cura, que por cierto era un real mozo, sin ofender á nadie; pero el uno se fué á servir al rey, el otro se murió del cólera, y el tercero, por complacer á su tío, se embarcó para las Indias, donde dicen que se gana mucho dinero. ¡Conque ya vé usted si sabré yo lo que es cariño!

—Eso no es amor ni cosa que se le parezca, ni eso es tampoco lo que yo te pregunto. Te decia que si habias conocido el verdadero amor, el que no cambia de objeto con tanta facilidad, el que se halla como dormido en el fondo de nuestro corazon y de repente se despierta á la vista de un hombre á quien vemos por vez primera; ese amor ardiente, inextinguible, que absorbe todas nuestras facultades, que reasume en uno solo todos nuestros pensamientos, y que graba en nuestra memoria de una manera indeleble la adorada imágen del sér que nos lo inspira... Pero te estoy hablando de cosas que tú no puedes comprender.

—¡Ah! ¡yá! ¿Lo que usted quiere decirme es que si yo he tenido algun novio como los de aquellas cosas tan bonitas que me leía usted el invierno pasado? ¡Cá; nó, señoral! En mi tierra nadie se muere por nadie, y como ninguno se ha muerto por mí, ¿por qué me habia yo de dar mal rato por ninguno? Además, que yo creo que para que un hombre y una muger se quieran como Dios manda, no se necesita estar siempre con el ay en la boca ni con el pañuelo en los ojos. Si fuéramos al decir que despues que una se casara se encontrase con uno de esos maridazos que hasta zurren á las mugeres por un quitame allá esas pajas, vamos, entonces ya habia motivo para ello; pero ¿antes? ¡la tonta fuera yo que me afigiera sin tener de qué! Lugar le queda á una si por su desgracia tropieza con un pícaro.

—¡Feliz de ti, Luisa, —replicó Julia en tono lastimero, —que ni comprendes ni sabes lo que es un amor sin esperanza!

—Pues mire usted, señorita; si lo que tiene usted desde anoche es eso que usted dice, me alegro mucho de no conocer una cosa que tanto hace sufrir. ¡Amor sin esperanza! ¿Y qué necesidad tiene usted de enamorarse de quien no la quiere? Nó, pues como yo estuviera en su pellejo, ya se habia de dar con un canto en los dientes

el que llegara á conseguir mi cariño, cuanto y mas colocarle en un desagradecido.

—Pero ¿quién te dice que él lo sea? ¿Acaso no cabe en lo posible que él ignore mi amor, y que, sin embargo, piense en mí y sienta latir su corazon al par del mio? ¿No cabe tambien que llegue un dia en que mutuamente nos hagamos confianza del sentimiento dulcísimo que nos anima, y en que, á pesar de todo, nos miremos separados por una barrera insuperable?

—¿Y por qué, vamos á ver? Si él quiere y usted quiere, la cosa es muy sencilla. Con venir donde el señor y decirle en cuatro palabras: su hija de usted me gusta, y desearia casarme con ella, negocio concluido.

—¡Pobre Luisa! ¡qué pronto allanas tú las dificultades! Encerrada toda tu vida entre las cuatro paredes de la aldea, desconoces las exigencias del mundo y los terribles lazos que sujetan á las mugeres en la sociedad en que vive.

Mi padre, por ejemplo, antes de examinar la figura y los títulos de verdadera nobleza del que solicitara mi mano, investigaria los títulos de propiedad de sus fincas, y, calculando los rendimientos que daban anualmente, ajustaria su contestacion al guarismo que resultare. Si fuere rico, y por tanto desapareciera este no pequeño inconveniente, la *fatalidad* crearia otros semejantes; porque el que nace predestinado para sufrir, nunca realiza el blanco de sus aspiraciones.

—¡Pues hija, tambien es mucho trabajo! Eso es lo mismo que lo que se dice en mi pueblo entre la gente de mi pelaje, que el que nace para ochavo jamás llega á tres maravedises; pero allí los negocios de amoríos se arreglan de distinta manera. Suponga usted que hay en el lugar un muchacho á quien usted le gusta y hácia el cual tiene usted alguna inclinacion. Corriente; pues señor, que llega el dia en que la encuentra á usted en cualquier parte, y le dice:

¡Adios, chical! ¿Sabes una cosa?—¿Y cuál?—Que hace mucho tiempo que me estás gustando, y hasta ahora no me *atrave* á decirte lo. Si es que no tienes por ahí ningun otro aquel y quieres que nos casemos, me lo dices. Yo tengo *tantos* carros de tierra y tú *cuantos*, y Dios mediante, no necesitaremos de *naide* mientras haya *salú*.

Y sin andar con mas rodeos, y sin otras consideraciones que su santísimo gusto, cáteles usted novios de la noche á la mañana. Pues, señor, que por un inesperado acontecimiento, como los que tuvieron la culpa de que yo me encuentre soltera todavia, se descompone el asunto, ¡paciencia! que otro llegará.... Pero por eso no es menester morirse de pesadumbre.

Nada, señorita, haga usted lo mismo, y verá usted qué bien le vá con mis consejos.

Por otra parte, ¿sabe usted ya quién es él, cómo se llama, á qué familia pertenece?

—No, Luisa; ignoro su nombre y su posición; no le he visto más que un breve instante; pero desde entonces su recuerdo llena mi alma, y, no sé por qué, tengo el presentimiento de que esta naciente pasión me ha de hacer muy infeliz. ¡Dios quiera que me engañe!

—Vaya, vaya, deseche usted semejantes ideas, y una por una, trate usted de parecerle bonita. Hoy la peinaré con más esmero que otras veces, por si quiere usted salir al mirador, y el afortunado galán pasea la calle, lo que no tendrá nada de extraño. Conque, á vestiros, que ya es muy tarde, y aun tengo que arreglar una porción de cosas por allá dentro.

En tanto que ama y criada se ocupan, vestida ya la primera, en preparar el polvo de arroz, pomadas y bandolinas para dar principio á las complicadísimas operaciones del tocador, voy á describiros en cuatro plumadas el gabinete-dormitorio de Julia; porque, según cierto célebre autor, de cuyo nombre no quisiera acordarme, como dijo el manco de Lepanto, *los objetos que rodean á las personas, son casi siempre el reflejo de sus inclinaciones y carácter.*

IV.

Antes de entrar en el santuario del *Cold-cream*, suplico á mis lectoras me permitan decirles algunas palabras respecto á la familia y educación de nuestra heroína.

Julia era la hija única de don Crisanto Ortega, en cuyos almacenes se contaban por millares las cajas de azúcar, los sacos de cacao y los barriles de harina.

La pobre niña perdió á su madre cuando se hallaba todavía en la cuna, y creció en el más profundo aislamiento, sin que nadie opusiera el menor obstáculo á sus caprichos infantiles. Don Crisanto, cuyo escritorio se hallaba en el entresuelo de la casa, no se cuidaba ni poco ni mucho de lo que pasaba de escaleras arriba, y vivía pegado á su libro de caja como una ostra á los peñascos de la escarpada costa de Cantabria, como la yedra á los troncos de los olmos.

Pero, preciso es hacerle justicia: don Crisanto, aunque mercader hasta la médula de los huesos, aunque su órgano más desarrollado era el de la *adquisividad*, no por eso dejaba de ser padre en sus ratos perdidos.

El buen señor quería á su hija entrañablemente, pero la quería á su manera.

Verdad es que nunca se tomó el trabajo de formar su corazón, ni de estudiar su carácter, ni de enseñarla á coser, á bordar, á repasar un par de calcetines, á guisar una cazuela de arroz á la valenciana, á ninguna, en fin, de esas mil pequeñeces domésticas que debe saber toda joven que aspire á ser madre de familia; pero en cambio no le negaba ningún antojo, y su gaveta se hallaba siem-

pre abierta para satisfacer los caprichos de la pequeña Julia.

Porque, lo que él decía: ¿para quién, sino para aquel único pimpollo, trabajaba como un negro desde la mañana á la noche? ¿Por quién, sino por ella, seguía anhelante con los ojos del pensamiento los tumbos que daban por esos mares de Dios las fragatas que iban á Cuba cargadas de harina, y volvían á Santander repletas de cacao, de azúcar y de café?

¿Necesitaba acaso la futura heredera de trece millones de reales estropear sus blancas manos en hacer una cama, en sacudir el plumero y en arreglar los *trastos* de una habitación?

Don Crisanto no había permitido jamás que su hija se degradase hasta el extremo de descender á esas prosaicas ocupaciones.

Apuesto á que muchas de mis lectoras son de la misma opinión del padre de Julia.

—¡Pues ya se vé que lo somos! Las mugeres de *cierta* clase no deben hacer el oficio de las criadas.

—Ni limpiar el polvo.

—Ni repasar calcetines. ¡Vaya una ocupación divertida!

—Ni oler á cocina, ¡qué asco!

—¡Pues ni que fuéramos esclavas! Entonces, ¿para qué sirve el dinero?

—Y digo, ¡trece millones!....

—Hizo muy bien don Crisanto.

—¡Bendito sea él!

—¡Eso sí que se llama ser padre!...

Pero hijas de mi alma, ¿quién os dice lo contrario? ¡Si yo opino como vosotras! ¿Creeis, por ventura, que yo prefiero esas pobres y santas mugeres que apenas se levantan de la cama se ciñen un pañuelo á la cabeza, y visten y arreglan á sus hijos, y no dejan mueble que no aporreen con los zorros, y bajan á la cocina, y vigilan el puchero y hasta acompañan á la criada para ir á la compra?... ¡Qué horror! ¡Quitádmelas allá!

Oid, hijas mías, y que esta confesión sirva para reconciliarme con vosotras.

A mí me gustan las mugeres que no se vistan solas,

Que tengan manos de raso y uñas á la china,

Que estén peinadas con esmero y envueltas en seda y encajes,

Que huelan á ámbar y á violeta,

Que manejen con donaire el abanico,

Que toquen el piano,

Que sepan francés,

Y por último, que me hablen indistintamente de modas y de política, de moños y de congresos europeos....

Pero me gusta verlas en visita y por espacio de un cuarto de hora. Nada más.

Julia sabia todo cuanto vosotras sabeis, gracias á la condescendencia y generosidad paternas.

Cantaba como una calandria, tocaba el piano como un Litz, y aunque no conocia la llave de la despensa, porque nunca la tocaron sus manos, conocia, lo mismo que Verdi, todas las del arte musical.

Hablaba el francés casi tan bien como el castellano, y sabia de memoria, por haberlas leído en los originales, desde la *Charca del Diablo* hasta *Espiridion*, desde *Indiana* hasta la *Piel de Zapa*, desde *Bugjargal* hasta *Nuestra Señora de París*.

La hija de don Crisanto Ortega tenia pasion por la lectura, y sus autores favoritos, como he dicho en las primeras líneas de esta verídica historia, eran Jorge Sand, Victor Hugo y Honorato de Balzac. En cuanto á literatura nacional, habia asistido á veinte representaciones de *Borrascas del Corazon*....

Pero hace media hora que estamos charlando á la puerta de su gabinete. Entrad conmigo, bellísimas lectoras, y si el gusanillo de la envidia os permite ser francas alguna vez, convendreis en que el *charmant boudoir* de Julia en nada desmerece de la perfumada y lujosa piececita que habeis bautizado con ese nombre exótico, y en la cual reclina cada una de vosotras sus hechizos.

(Se continuará.)

LA FELIZ ADOPCION.

(Conclusion.)

La mujer se calló, y sus lágrimas volvieron á correr. Felicia y Pamela no estaban en estado de hablar. Hubo un momento de silencio, y al cabo de algunos minutos entró una jóven en la habitacion, y preguntó á la pobre muger si necesitaba algo. La muger le dió las gracias, y la jóven se marchó. Entonces el eclesiástico, que habia permanecido á la cabecera del lecho de la muger, se dirigió á Felicia diciendo: Seguramente, señora, os interesará saber que la jóven que acaba de ofrecer sus servicios á la señora Busca, es hija de una de sus vecinas, y todas las demás vecinas de la señora Busca, no son menos serviciales. La una se viene á trabajar á su lado, otra le arregla la habitacion, la otra se encarga de traerle la luz y cuidar de su brasero; en fin, señora, el espíritu de caridad de vuestra respetable hermana, parece animar á todas las personas que habitan esta casa. Verdad es que el ejemplo de tan jóven y virtuosa dama no ha contribuido poco á redoblar la actividad de tan loable celo.—¡Ah! dijo Felicia, ¡de cuánta admiracion me siento penetrada!—En efecto, señora, replicó el eclesiástico, lo que acabais de oir y esta pobre muger

que teneis delante, bien merecen inspirar semejantes sentimientos. ¡Qué desgraciada es! ¡si conociéseis, señora, su piedad y la sublimidad de su religion!... No os ha descrito ella todos sus males; este cuerpo consumido y sin movimiento, está lleno de llagas y úlceras. Excuso á vuestra sensibilidad pormenores que no escucharíais sin estremeceros....—¡Ah, que infortunada! exclamó Felicia; ¡y qué! ¿no es posible aliviar sus sufrimientos? ¿no hay remedios?...—Nó, señora, no hay arte humano que pueda dulcificarlos; pero ella es tanto mas admirable, cuanto que nunca se queja.—¿Es posible?...—Sí, señora, replicó la muger, no solo acepto con resignacion estos males pasajeros, sino que los sufro con alegría. ¿Cómo admirarse de esto? ¡Por sufrimientos de un instante, obtener una felicidad eternal! Nuestras recompensas serán proporcionadas á nuestros méritos. ¡Qué reconocimiento debo á Dios por haberme puesto en una situacion en que puedo tener un mérito continuo á sus ojos, la de sufrir sin quejarse, en una situacion en que nada puede distraerme de él, en que todo me invita á no pensar mas que en la eternidad!... ¡Oh! ¡Cuán queridos me son mis males! ¡cómo han expiado las faltas de mi juventud, cómo han purificado mi corazon y me han separado de todos los bienes falsos! El mundo no existe ya para mí; ya no puede seducirme ni corromperme; mi alma no habita ya en esta tierra extraña; está unida á su Criador... ¡Dios mío! ¡os veo, oigo vuestra voz paternal que me eleva, me fortifica, me ordena someterme sin murmurar y me promete á este precio una corona inmortal! ¡Oh mi Dios! os obedezco con júbilo, adoro vuestros decretos, bendigo mi destino, y no lo cambiaria por la suerte mas brillante del universo.»

Hablando así, aquella muger se expresaba con tanta energía como sentimiento: el sonido de su voz no revelaba ya el estado de debilidad y desaliento á que la reducian sus males; sus ojos apagados y lánguidos brillaban en aquel momento con un fuego extraordinario. Felicia y Pamela la escuchaban y la contemplaban con asombro. «Ahora, bien, señora, dijo el eclesiástico, ¿hubiérais podido creer que en semejante estado fuese posible considerarse dichosa? Esta muger que bendice su destino, ¿qué seria de ella sin la religion?... ¡Cuán horrorosa seria su situacion si dudase de las eternas verdades de que está penetrada!... El ateo que procura hacer prosélitos, ¿qué podria responder á esta muger cuando le dijese: quereis arrancarme el único consuelo que me resta y que puedo tener! ¡quereis sumergirme en la mas horrible desesperacion!... ¡Cruel! ¡veis mis males, veis mi valor, mi paciencia, mi resignacion, la tranquilidad de mi alma, y os extremeceis de vuestro temerario designio!»

Felicia aplaudió la rectitud de esta observacion, y dejó á la pobre muger, prometiéndole volver á verla tan

á menudo como sus ocupaciones y deberes se lo permitiesen. Felicia y Pamela no hablaron en todo el resto del día sino de Alejandrina y de la *Santa Muger*. «¿Cómo es, decía Pamela, que mi tia no nos ha hablado jamás de esta muger?—He aquí, repuso Felicia, lo que debe poner colmo á nuestra admiracion. Tal es el carácter de la verdadera virtud. Cuando la razon sola es quien hace una buena accion, se siente la tentacion de enorgullecerse de los esfuerzos que cuesta; pero cuando es el sentimiento lo que nos conduce al bien, en vez de admirarse á sí propia, se dice: No merezco elogios; no hago mas que seguir los impulsos de mi corazon. ¿Has visto alguna vez á un avaro decidirse á hacer un presente? Si lo hace es siempre con una pompa y un énfasis que prueban cuán poco familiar le es esta accion y cuánta vanidad saca de ella. En efecto, le cuesta tanto, que bien es menester perdonarle el necio orgullo que muestra. Observa, por el contrario, con qué noble sencillez sabe dar toda persona generosa. Las almas vulgares sacan mucha vanidad de sus buenas acciones, porque siendo dificiles para ellas, les dan un mérito extremo; mientras que las almas grandes están preservadas de este orgullo por su inclinacion sublime á todo lo que es honrado y virtuoso.—Esta reflexion, dijo Pamela, deberia hacer mas amable la modestia, ó al menos inducir á las que carecen de ella á no alabarse nunca de ningun hecho loable, puesto que una conducta diferente solo sirve para descubrir la pequeñez de su alma.»

Pocos dias despues de esta conversacion, Felicia recibió la infausta nueva de la muerte de su cuñada; siempre la habia querido tiernamente, y los pormenores referidos por la *Santa Muger* se la hicieron aun mas cara. Aunque habia sido preparada hacia tres meses para este acontecimiento, experimentó un dolor profundo. Se apresuró á ver á la *Santa Muger* para tener el triste consuelo de llorar con ella.

Pamela quiso reemplazar á la interesante y virtuosa Alejandrina cerca de la pobre muger. Le prodigaba los mismos cuidados y la visitaba regularmente dos veces á la semana. Hacia cerca de un año que ejecutaba estos interesantes oficios de caridad, cuando una mañana, estando ocupada en lavar los piés á la *Santa Muger*, la puerta de la habitacion se abrió de repente, y apareció un hombre como de unos cincuenta años, de una figura noble é imponente, quien despues de haber dado algunos pasos se detuvo.... Pamela estaba de rodillas; sostenia las consumidas piernas de la pobre muger, y las enjugaba. En esta actitud tenia inclinada la cabeza, y sus largos cabellos caian ocultando una parte de su rostro. Al ruido que el desconocido hizo, levantó ella la cabeza, y no pudo contener un movimiento de sorpresa; un virtuoso rubor se esparció en su cara, y la hizo mas interesante aun. Volviéndose hácia la doncella que la

habia acompañado, la reconvino un poco en inglés por haberse olvidado de correr el cerrojo. Al mismo tiempo el desconocido, extasiado, exclamó en inglés: «¡Gracias al cielo, este ángel es una compatriota!» El asombro de Pamela fué extremo, y su inquietud se aumentó cuando vió al desconocido aproximarse, tomar una silla y sentarse con gravedad enfrente de ella. Mientras que se apresuraba á envolver las piernas de la buena muger para irse, el desconocido no cesaba de mirar á Pamela. Estaba de tal modo absorbido en su pensamiento, que no percibia el embarazo que causaba su presencia. En fin, Pamela se levantó, dijo adios á la muger, y pasando por delante del desconocido y haciéndole una profunda reverencia, salió precipitadamente.

Algunos dias despues de esta aventura, Pamela supo por su protegida que el desconocido se habia quedado cerca de una hora con ella, que le habia hecho mil preguntas acerca de la jóven que acababa de ver, que habia preguntado cuál era su nombre y el de la persona que la habia educado.

Por la tarde recibió Felicia, y dió á leer á Pamela, una carta concebida en estos términos:

«Señora, no puedo resolverme á regresar á Inglaterra sin recibir órdenes de la persona generosa que se ha dignado adoptar una huérfana inglesa. La amable Pamela honra demasiado á su patria y á la educacion que os bebe, señora, para no inspirar el mas vivo interés á un inglés que no es indigno de gozar la felicidad de contemplar de cerca la virtud. Tengo cincuenta años; y por lo mismo, señora, el derecho de deciros sin rodeos que la escena de que he sido testigo hace algunos dias, ha producido en mi corazon la mas profunda impresion. La interesante Pamela de rodillas, y lavando los piés de la desgraciada paralitica, no se borrará jamás de mi memoria. Se me ha dicho que esa jóven tenia en Inglaterra parientes que rehusaron reconocerla: dignaos confiarme el secreto de su nacimiento: os ofrezco para ella los servicios y el celo del padre mas cariñoso.

»Soy respetuosamente, etc.

Carlos Aresby.»

Os ruego, mamá, exclamó Pamela despues de haber leído este billete, que no veais á este inglés. Sois para mí todo cuanto puedo desear; no procureis hacerme reconocer por parientes que me han abandonado; soy vuestra; ¿qué falta para mi felicidad?...—Pero, hija mia, replicó Felicia, si tus parientes te reconociesen, tendrias un nombre, una posicion...—Me dais el dulce nombre de hija; me permitis consagraros mi vida; ¿qué mas puedo desear?—Déjame recibir á este honrado inglés; confieso que su admiracion hácia mí Pamela me dá deseo de conocerle. Sabe apreciar á mi niña; ¿no es este un titulo á mi consideracion? Pero te prometo no confiarlo jamás tu nombre sin tu consentimiento.

Con esta condicion accedió Pamela á la visita del inglés, y desde el dia siguiente M. Aresby fué recibido en casa de Felicia. Despues de los primeros cumplimientos, M. Aresby reiteró sus ofertas, y rogó con vivas instancias á Felicia que le revelase el apellido de Pamela. Felicia le manifestó que Pamela se oponia á esta confidencia.—«Pierdo, dijo M. Aresby, la ocasion de serle útil.—Por lo menos, caballero, repuso Pamela, no dudeis de mi reconocimiento. Yo no puedo mirar sin susto el menor cambio de mi suerte, pues encuentro en la ternura de mi generosa bienhechora una felicidad que llena todos los deseos de mi corazon; pero no por eso agradezco menos vuestras bondades.»

M. Aresby miró á Pamela con enternecimiento, y volviéndose hácia Felicia dijo: «Partiré á fin de esta semana; ¿podré esperar, señora, que os digneis permitirme llamar alguna vez vuestra memoria?»

Felicia le dió las gracias y le pidió sus señas de direccion para el sobrescrito.

«No vivo ya en Londres, dijo M. Aresby, y viajo con frecuencia; pero si os place, señora, dirigir vuestras cartas á Londres bajo el sobre á *Mma. Selwin*, llegarán seguramente á mis manos.»

Al oir la palabra *Selwin*, Felicia se conmovió y Pamela se turbó. M. Aresby, que miraba á Felicia, notó su sorpresa, y le preguntó si *Mma. Selwin* tenia el honor de ser conocida de ella. «Conozco su nombre, respondió Felicia.—Este nombre, repuso M. Aresby, es el mio.—¿Cómo?—Sí, señora, lo he dejado al desposarme con una heredera, cuya mano no podia yo obtener sino tomando el nombre de su familia; hacia diez años que era viudo, y no tengo hijos.—¿Tenfais un hermano? preguntó Felicia con una extrema emocion.—¡Ay! señora, respondió M. Aresby, he tenido dos y los he perdido. *Mma. Selwin* es viuda del segundo, y el tercero....—¿Qué? ¡Señor!—El infortunado, enloquecido por una pasion funesta, desconoció la autoridad paterna.... Fué desheredado. El arrepentimiento y la pesadumbre abreviaron sus dias... Nuestro desgraciado padre lo siguió muy de cerca al sepulcro... Yo estaba ausente entonces... una nueva série de desgracias me obligó á prolongar mis viajes, y no regresé á Inglaterra hasta despues de cuatro años. Allí supe la muerte de la viuda de mi segundo hermano... la cual habia dejado una hija, y yo formé el proyecto de buscar esta niña y adoptarla. La muger que se habia encargado de ella acababa de morir; pero el marido de esta muger me manifestó saber por ella que la desgraciada huérfana solo habia sobrevivido algunos meses á su madre: este hombre añadió que no habia vuelto á ver á su muger hasta seis meses despues de la muerte de mi cuñada, y que ya la niña no existia....»

Diciendo estas palabras, M. Aresby notó que Pame-

la procuraba en vano ocultar las lágrimas de que su rostro estaba inundado. Sorprendido de su agitacion y de su palidez, la considera con emocion. Felicia, tan turbada como Pamela, tenia una mano de esta entre las suyas, y estrechaba con ternura aquella mano temblorosa... Pamela se levanta de repente atónita, y dirigiéndose con paso vacilante hácia M. Aresby: «Si, dijo, yo debo darme á conocer al hermano de mi padre.—¡Justo cielo! exclamó M. Aresby precipitándose hácia ella.»

Pamela, poseida de un pavor que no puede vencer, retrocede y se echa en los brazos de Felicia. «¡Oh madre mia! dijo deshaciéndose en llanto; ¡mi bienhechora! ¡yo no pertenezco mas que á vos! ¡conservad á vuestra hija! ¡no la abandoneis!... ¡Si cedeis los derechos que tenéis sobre mí, me dais la muerte!»

Al acabar de decir esto Pamela, deja caer su cabeza sobre el seno de Felicia, se le cierran los ojos y queda desmayada. Felicia, fuera de sí, pide socorro. Pamela recobra pronto su conocimiento y abre los ojos. M. Aresby, teniéndole cogida una mano le dijo: «¡Oh Pamela, desechad temores insensatos que me ultrajan! ¡yo no tengo el derecho ni el inhumano deseo de arrancaros de los brazos de vuestra bienhechora, á quien debeis consagrar todos los momentos de vuestra vida!... ¡Si es verdad que sois aquella niña, aquella infortunada *Selwin*, cuya pérdida he lamentado tanto tiempo, no encontrareis en mí mas que un amigo, un tierno padre, incapaz de exigiros el mas ligero sacrificio!...»

Pamela se arrojó á los brazos de Felicia y expresó su alegría y su reconocimiento á M. Aresby, con aquella gracia y aquella sensibilidad apasionada que la caracterizaban. Felicia se apresuró á buscar un cofrecito que contenia documentos relativos al nacimiento de Pamela. M. Aresby vió cartas y diferentes papeles que criada de *Mma. Selwin* habia remitido en otro tiempo á Felicia. Esta criada, por no compartir con su marido algunos presentes que habia recibido entonces de Felicia, habia supuesto la muerte de la jóven *Selwin*, en la seguridad, por otra parte, de que esta niña no volveria á Inglaterra.

Colmados los votos de M. Aresby por haber encontrado á su sobrina en aquella misma jóven cuyas virtudes habian impresionado tan profundamente su corazon, quiso que tomase su nombre desde aquel mismo dia; y en lo sucesivo llegó á profesar un afecto tan tierno á Pamela, que se estableció en Francia. Pamela supo merecerle sus beneficios con su adhesion y reconocimiento; pero no dejó jamás á Felicia, y el cuidado de hacerla feliz fué siempre para ella el primero y el mas dulce de sus deberes.

LOS ALFILERES.

Los primeros alfileres que se usaron fueron sin duda pequeñas espinas ó puas de madera. Mas tarde se empezaron á hacer de metal, y hoy dia la fabricacion de esta mercancia se verifica por procedimientos tan rápidos, maravillosos y á tan bajo coste, que se pueden obtener cien alfileres por algunos céntimos de real.

La fabricacion de los alfileres difiere poco de la de las agujas, pero la materia que se emplea no es la misma y la manera de hacer la cabeza es enteramente distinta. Los alfileres se hacen de hilo ó alambre de laton, que resulta de una aleacion del cobre con el zinc. Despues de pasar el alambre por la hilera cuanto sea necesario hasta reducirlo al grueso conveniente, se corta en pedazos de una misma longitud por medio de una tijera. Estos pedazos pasan del cortador á los punteadores, es decir, á los que sacan las puntas sobre la piedra. Para esta operacion hay dos clases de piedras: la una devasta y la otra afina la punta. Afinadas las dos puntas de cada pedazo, pasan de nuevo de los punteadores á los cortadores. Estos, armados de una tijera fija en una caja que sirve de regulador, cortan cada trozo en dos partes, por mitad exactamente, de lo que resultan dos alfileres sin cabeza.

Las cabezas se hacen con un hilo de laton, mas fino que el de los alfileres, y que se enrolla en forma espiral lo mismo que el que se destina para los elásticos de tirantes. Se corta despues en pequeños pedazos que tengan dos vueltas, para lo cual es preciso tener suma destreza adquirida con la práctica. Un operario diestro puede cortar hasta doce mil cabezas por hora. Para fijar la cabeza, se enfila uno de estos pequeños fragmentos en el alfiler y se golpea con un mazo ó martillo á máquina, colocada sobre una especie de yunque que la misma tiene al efecto.

Despues de esta operacion no hay mas que limpiar y blanquear los alfileres. Para limpiarlos, se los hace cocer en una disolucion de crémor tártaro en vino ó en agua, lavándolos luego varias veces en agua pura: y para blanquearlos, aun del verde-gris con que se cubren, no hay mas que cocerlos en agua de crémor tártaro sobre placas de estaño. El estaño se disuelve y los cubre como una película ó capa blanca.

Un alfiler pasa por mano de doce ó quince obreros, que pueden hacer cerca de cien millares al dia. Las pequeñas máquinas que se emplean para fabricarlos son muy sencillas y de tal combinacion, que se vé transformar casi instantáneamente el alambre de laton en alfileres.

E.

FABRICACION DEL PAN (1).

Coccion. El horno ha de haber sido calentado de antemano durante el amasijo. Es menester que el horno espere á la masa, como dicen las personas que lo entienden: la masa nunca debe esperar al horno. Cuando este ha sido calentado una vez ó dos, se conoce por experiencia la cantidad de leña que ha de arder para que tome el grado de calor necesario. No se debe quemar en el horno sino leña muy seca, que dé una llama clara y poco humo: el horno se ha de limpiar con esmero antes de enhornar el pan: las brasas se colocarán á derecha é izquierda; esto es, á uno y otro lado de la boca del horno.

Para enhornar, se pone cada pan sobre la pala polvoreada de harina. Los panes se colocan bastante cerca los unos de los otros, pero de manera que cociendo no se deformen. Si son de tamaños diferentes, se ponen los grandes en el fondo, y los pequeños delante; despues se cierra el horno, y al cabo de veinte minutos se abre para vigilar la coccion del pan. Los panes grandes de masa fuerte deben permanecer en el horno cerca de hora y media; los mas pequeños, ó de masa mas ligera, se pueden cocer en tres cuartos de hora.

Retirados del horno los panes, deben quedar expuestos al aire libre, sobre una mesa, hasta que se hayan enfriado enteramente. No conviene hacer una excesiva cantidad de panes á la vez; en invierno, el pan demasiado duro, se hace desagradable al paladar y de difícil digestion; en verano, se enmohece por el interior, y contrae, á parte de muy mal gusto, propiedades nocivas.

En tiempos de gran carestía de cereales, se han hecho diferentes ensayos para panificar las patatas machacadas, mezclándolas con harina de trigo ó centeno; pero se prestan mal á la panificacion y no ofrecen ninguna ventaja real, habiendo otras maneras mas provechosas de consumirlas, á fin de disminuir el consumo del pan en tiempo de escasez de granos.

Pan de lujo. Las personas acomodadas, que durante una parte del año viven en el campo lejos de los grandes centros de poblacion, no pueden proporcionarse pan de lujo, y muchas veces ni aun pan de buena calidad. Con tal de que se disponga un horno de pastelería, es fácil confeccionar en casa diariamente pan tan blanco y tan delicado como el mejor que hacen los panaderos de Madrid.

Se pone sobre una mesa un monton de harina de primera calidad, seis libras, por ejemplo, y en medio se practica un hoyo para poner una onza de levadura. Se remoja con agua tibia y se la trabaja mucho, añadiéndole una onza de sal fina desleida en agua tibia. Se cubre

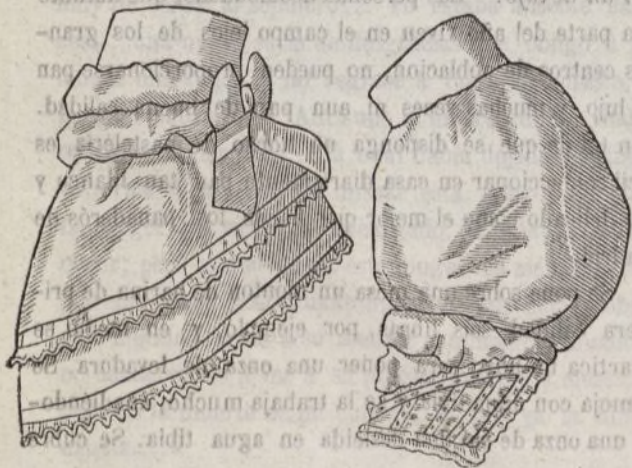
(1) Véase la página 269.

la masa para que pueda fermentar y crecer. Después de haberla dejado una hora ó dos, según la estación, se amasa de nuevo, se vuelve á cubrir y se deja dos horas más en reposo. Durante este tiempo se calienta el horno. En seguida se divide la masa en tantas partes como panecillos se quieran hacer, á los cuales se les da la forma de rosas ó tortas, y se ponen en el horno.

G. B.

FICHÚ, CUELLO LAUZUN Y MANGAS.

Fichú de tul plegado, que lleva en la parte media de adelante un entredos de blonda colocado al través: todo vá guarnecido de un entredos de blonda y un encaje parecido. Este modelo, terminado por pequeñas mangas cortas adornadas del mismo modo y proporcionadas al conjunto.



Cuello Lauzun, vuelto, con pechera en punta adelan-

te: es de muselina lisa, adornado con un entredos y encaje parecido alrededor del cuello, así como el de la pechera, formada de bullones de muselina, separadas por dos entredoses alternativamente bordados ó de encaje.

Mangas que forman dos juegos diferentes para alterar. La última está formada de dos bullones de muselina y una vuelta proporcionada á la pechera.

JUEGO DE CUELLO Y PUÑOS BORDADOS.

No dudamos que el buen gusto de nuestras lectoras, acogerá agradablemente el dibujo que las ofrecemos, porque representa una forma enteramente nueva y de lindo efecto.

Los cabos que completan el juego del cuello y puños, y que sirven para cruzar en forma de lazo ó nudo, constituyen un todo de la misma tela y bordado que la pieza principal, ejecutándose á la par. La labor se ejecuta en bordado á plumetis sobre muselina con hilo, núm. 80.

Esta misma forma de cuello y puños se puede hacer en batista, piqué ó cualquier otra tela, pero intercalando bordados menos cargados, y al mismo tiempo con un sencillo feston alrededor, comprendiendo los cabos del lazo, lo mismo que el cuello.

L.

MI PARAGUAS.

Dios, en su infinita bondad, al crear al hombre, quiso colocar sobre la tierra todo lo que podía serle necesario y agradable, de modo que nada de cuanto nos rodea ha sido creado sin un pensamiento profundo y un fin determinado. En vano se pregunta, pues, muchas veces, para qué sirven esas mil y una criaturas tan diferentes que vemos por todas partes, porque si reflexionamos un solo instante, no tardaremos en reconocer que son instrumentos que la divina Providencia ha destinado para nuestra dicha. ¡Qué de reflexiones pudiéramos hacer sobre este asunto, y qué

provechosas lecciones podríamos sacar de ellas! Mas sin apartarme tanto del objeto que motiva este

artículo, indicaré algunas que me ocurren siempre que fijo la consideración en mi paraguas, para justificar la razón por qué siento en mí cierto cariño hacia él siempre que lo nombro.

Mi paraguas. ¡Qué de servicios me ha prestado desde que lo poseo! ¡Cuántas veces me ha preservado de los rigores de la estación en esa época del año que vemos pasar con alegría y nos inspira cierto temor cuando parece acercarse, al concluir las delicias que disfrutamos en su ausencia! ¡Qué útil me ha sido en los aguaceros de marzo y abril y contra los chaparrones con que suelen agasajarnos otros meses del año! A no disfrutar de sus beneficios, era preciso saber qué partido habíamos de tomar, y á qué santo habíamos de encomendarnos en muchas ocasiones, puesto que salimos de casa con un sol magnífico, y á la media hora tenemos torrentes de lluvia, de cuya desastrosa influencia solo nos ha podido preservar el paraguas, por lo que preciso es reconocer que nunca nos es inútil.

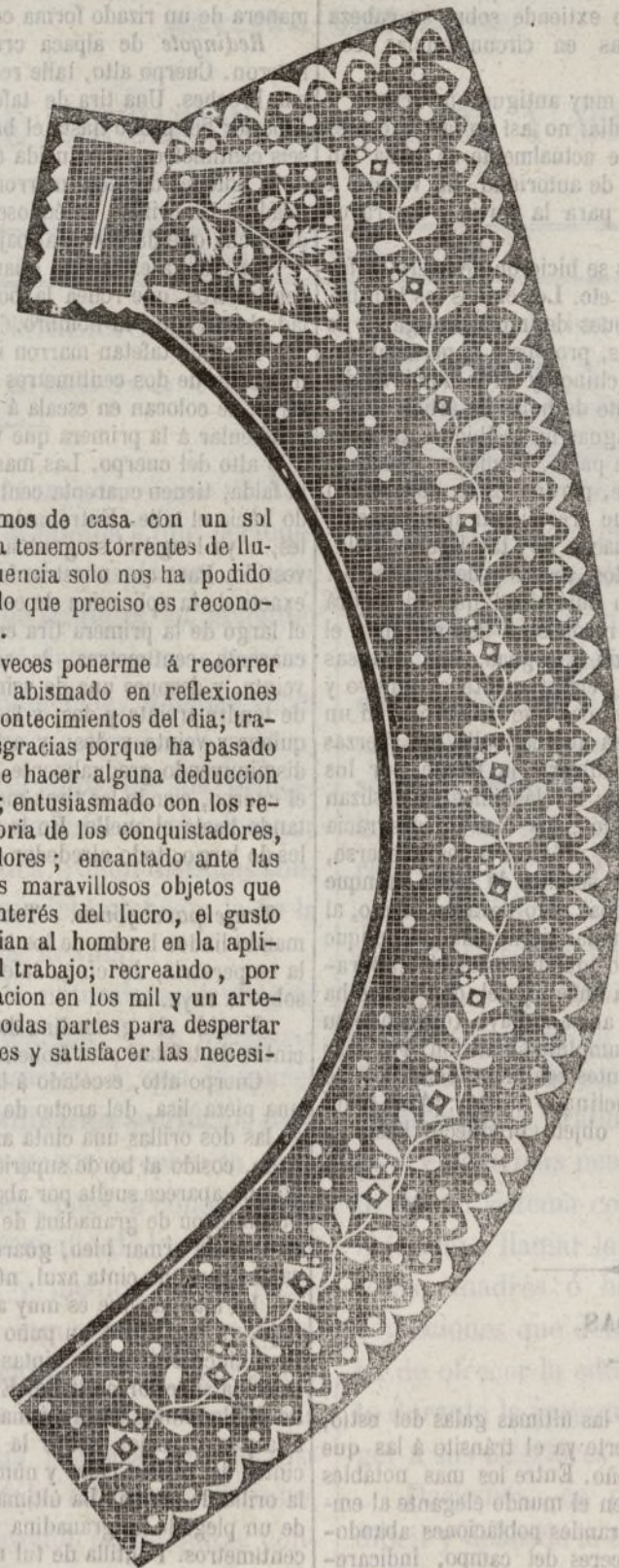
Me ha sucedido algunas veces ponerme á recorrer las calles de nuestra capital abismado en reflexiones sobre los mas importantes acontecimientos del día; trayendo á mi memoria las desgracias porque ha pasado la humanidad, con el fin de hacer alguna deducción provechosa para el porvenir; entusiasmado con los recuerdos de los héroes, la gloria de los conquistadores, la sabiduría de los legisladores; encantado ante las obras del genio artístico, los maravillosos objetos que á la industria arrancan el interés del lucro, el gusto y todos los móviles que guían al hombre en la aplicación de su inteligencia al trabajo; recreando, por último, la vista y la imaginación en los mil y un artefactos que se ostentan por todas partes para despertar los deseos, mover las pasiones y satisfacer las necesidades humanas. Pero en medio de tan formal y variada ocupación, ningún recuerdo, ningún objeto ha sido capaz de hacerme olvidar el nombre de mi objeto amado; pues entre los numerosos pensamientos que han ocupado mi entendimiento, jamás he tenido, fuera de mi persona, nadie á quien volver tristemente los ojos para comunicárselos, mas que á mi paraguas, á mi fiel y constante compañero de peregrinación, que no tiene gran colocación, ni hace ruido, ni está satisfecho de su carrera, y que puede contarse entre las invenciones que la industria del hombre ha imaginado con mas acierto para hacer la vida material cómoda y agradable.

Pero cualquiera que sea la estimación en que yo tenga á mi paraguas, no por esto siento que no haya sido

inventado en el momento del gran cataclismo que trastornó el mundo, el diluvio universal; porque desgraciadamente no hubiera sido mayor su gloria, puesto que no era bastante poderoso para impedir el castigo que con aquella catástrofe descargó sobre el hombre como un di-

vino castigo. Cuando la torre de Babel no pudo asegurar á los hombres contra igual desgracia, ¿cómo mi querido paraguas había de prestar esta utilidad? Nada en aquellos momentos terribles hubiera sido bastante á impedir la resolución del Criador, que era destruir al hombre, salvo contadas excepciones, creado para su gloria y su servicio. Pero regocijémonos al mismo tiempo; porque el signo de alianza apareció en el firmamento, y el arco iris hizo brillar en los ojos de la humanidad la alegría que le inspiraba la confianza de que en adelante, cuando Dios envía las lluvias mas ó menos frecuentes y abundantes, es para refrescar y fecundar la tierra, y el hombre tendrá un abrigo en el paraguas contra la caída de las cataratas del cielo. En la bella estación del año, mi paraguas estará relegado al rincón mas apartado de mi cuarto; pero ¿no podrá prestar otro servicio? Sin duda que sí, porque no acaban aquí sus beneficios. Vista la forma cómoda que ha recibido en nuestros días, podrá, en todo caso, preservarnos de los rayos ardorosos del sol y servirnos de apoyo como un bastón.

No puedo resistir al deseo de buscar el origen de objeto tan útil, y he aquí lo que he aprendido acerca de él en un precioso diccionario que acudo á consultar en mis investigaciones. «El uso del quitasol, como se llamaba en la antigüedad, se remonta á los primeros siglos, pero no sirvió en mucho tiempo sino como un distintivo de dignidad, por el cual se reconocía el poder humano y divino. En una antigua fiesta que en honor á Baco se celebraba con frecuencia en una ciudad de la Arcadia, se paseaba públicamente, siguiendo Pausanias el historiador, la estatua de aquel dios, ceñidas las sienes de hojas de parra y colocado en una litera muy adornada, donde iba una joven que llevaba el quita-



sol, como signo de la magestad del dios en cuyo nombre se celebraba la fiesta. Sobre muchos bajosrelieves de Persépolis, el rey y algunos grandes dignatarios estaban representados bajo quitasoles sostenidos por jóvenes. En nuestros días tiene aun esta representación, puesto que el emperador de Marruecos es el único que en sus estados usa del quitasol, que se extiende sobre su cabeza para dar audiencias públicas en circunstancias solemnes.

El uso de los paraguas es muy antiguo en Oriente y en todos los pueblos de la India: no así en las naciones occidentales de Europa, donde actualmente se halla tan extendido. De signo distintivo de autoridad, ha venido á convertirse en simple abrigo para la lluvia y los rayos del sol.

Los paraguas y quitasoles se hicieron de cuero, tafetan, barragan, tela encerada, etc. Los chinos los han hecho de papel barnizado despues de muchos siglos, de modo que son los mas ligeros, propios é impermeables. Sin embargo, los pescadores chinos y otros hombres del campo los usan constantemente de hojas de árbol.

La fabricacion de los paraguas ha recibido entre nosotros, de algun tiempo á esta parte, el mayor grado de perfeccion que puede desearse, porque estos objetos tan incómodos al principio, que recibieron irónicamente nombres muy ridículos, se hacen hoy tan ligeros y elegantes, como antes eran sólidos, toscos y desagradables.

Réstame solo satisfacer la curiosidad que se tendrá por saber alguna mas de las razones en que se funda el gran cariño que yo tengo á mi paraguas. Las diversas fases de su existencia reflejan perfectamente el motivo y justifican mejor la predileccion con que lo miro. Ved un pobre septuagenario que pasa por la calle sin fuerzas para el trabajo diario: lleva cubierta la frente por los plateados cabellos de la vejez; las lágrimas se deslizan apenas de sus ya apagados ojos; los días de desgracia están grabados en su memoria, próxima á desvanecerse, y ni un niño vá á su lado para servirle de apoyo, aunque lleva siempre un pié en la tumba; pero lleva un objeto, al que ha tenido cariño desde su mas tierna edad, y aunque lentamente, marcha aun; pero ¿qué le sostiene? El paraguas que lleva hace cincuenta años, y del que no se ha separado jamás. Y cuando el anciano haya terminado su carrera, el paraguas habrá cumplido su mision. Por mas que he reflexionado en diferentes sentidos acerca de su utilidad, siempre me siento inclinado á decir: ¡Amo tanto á mi paraguas, que será un objeto predilecto hasta la tumba!

R.

MODAS.

La estación vá á despedir las últimas galas del estío, y en sus confecciones se advierte ya el tránsito á las que nos promete el placentero otoño. Entre los mas notables trajes que la novedad ofrece en el mundo elegante al empezarse á concentrar en las grandes poblaciones abandonadas, poco hace, por los placeres del campo, indicaremos á nuestras amables lectoras como los de mas delicado gusto los siguientes:

Traje de paseo. Sombrero de paja guarnecido de encaje negro, flores de jardín y cintas de tafetan cereza. Una cinta guarnece el interior del ala, que debajo y so-

bre la frente lleva flores blancas y rosa, seguidas de un rizado de encaje negro, que se prolonga con encaje blanco hasta las cintas de color rosa, y núm. 30. Sobre el ala lleva una media corona de flores de jardinería, á las cuales se une un encaje negro. Bavolet de tul guarnecido de tafetan cereza, cubierto de un encaje negro, que á manera de un rizado forma cabeza en el bavolet.

Redingote de alpaca cruda, guarnecida de tafetan marron. Cuerpo alto, talle redondo con cinturón marron con broches. Una tira de tafetan marron desde la parte superior del pecho hasta el bajo de la falda, del ancho de seis centímetros, y reducida á cuatro en el talle. Esta tira lleva botones de seda marron en el centro y vá cordoneada á las orillas, uniéndose á otra de doce centímetros de ancha que dá vuelta al bajo de la falda.

La manga es ancha, guarnecida por una tira de seis centímetros, que rodea la bocamanga y asciende por el lado hasta subir al hombro.

Tiras de tafetan marron igualmente cordoneadas, de un ancho de dos centímetros y un largo diferente unas de otras, se colocan en escala á cada lado y en sentido perpendicular á la primera que vá en el centro de la falda á lo alto del cuerpo. Las mas largas de las que van en la falda, tienen cuarenta centímetros, y van disminuyendo hácia el talle. Entre cada tira larga hay tres desiguales, cuya longitud se gradúa segun el gusto y marca del vestido. Para que nuestras lectoras puedan formar idea exacta de la aplicacion de este adorno, las diremos: que el largo de la primera tira en el bajo de la falda, tiene cuarenta centímetros, la segunda treinta, la tercera veinte, y despues una de veinte y ocho; la segunda grande tendrá treinta y dos, y las que le sigan veinte y dos, quince y veinte y dos; y así continuarán las restantes, disminuyendo gradualmente. Este adorno se continúa en el cuerpo, siendo las tiras mas cortas al talle, y aumentando hasta el cuello. En la manga lleva tiritas desiguales de largo, todo alrededor de la tira que la guarnece.

Traje para joven. Tocado á bandós rizados, formando lindos bucles de los lados hácia atrás. Un lazo á la emperatriz, de cinta tafetan azul *Lobelia*, colocado sobre la raya.

Vestido de granadina de lana gris, guarnecido de cintas de tafetan azul *Lobelia*, núm. 4.

Cuerpo alto, escotado á la *Raphaél*, guarnecido con una pieza lisa, del ancho de siete centímetros, que tiene en las dos orillas una cinta azul del núm. 4; tambien en llano, cosido al borde superior y libre al inferior, de modo que aparece suelta por abajo. El talle vá fruncido bajo un cinturón de granadina de lana de telas dobles, para que pueda armar bien, guarnecido por un lado, y en las caidas con una cinta azul, núm. 4.

La manga, que es muy ancha, particularmente en el bajo, vá fruncida á un puño liso de siete centímetros, y lleva cinco órdenes de cintas hasta el codo, pegadas por la orilla superior en llano. El puño vá tambien guarnecido de dos cintas en la misma disposicion, una en la parte alta y otra abajo. Sobre la falda lleva tres órdenes de cintas del mismo color y número, cosidas igualmente por la orilla de arriba. La última del bajo cae sobre el borde de un plegado de granadina de lana, del ancho de doce centímetros. Puntilla de tul rizada en escote del cuello.

EMILIA R. y R.

MADRID 15 DE SETIEMBRE DE 1861.